

La memoria del actor

Pedro VÍllora

Real Escuela Superior de Arte Dramático

Es hasta cierto frecuente que, quienes no conocen en profundidad los entresijos del trabajo teatral, se asombren ante lo que les parece la máxima dificultad para el actor: la memorización de los textos. Y, en realidad, es una labor extremadamente compleja, un escollo que diversas técnicas ayudan a franquear pero sin allanarlo por completo. Algunos actores hay que aseguran, no sin sorna, que, cuando son felicitados por el público, es, primero, por haber sido capaces de aprenderse largos parlamentos, y, segundo, por haberlos reproducido sin errores excesivos.

La memoria no es sólo cuestión de palabras ni se alberga únicamente en el cerebro. El actor, en los ensayos, pone en juego la memoria corporal, va construyendo el personaje desde sus caracteres hasta su temporalidad, y así lo va inscribiendo en su cuerpo hasta conseguir que, en la relación de unos actores con otros, la representación sea la vivencia de una memoria colectiva.

El teatro es un arte vivo que jamás se reproduce de la misma manera, pero, por eso mismo, es también un arte de la memoria. El teatro sólo existe en el momento en que se crea, y de su existencia no hay más huella que la grabada en el recuerdo de quienes han participado en él o lo han visto. Si el actor necesita ejercitar su memoria para crear teatro, también aspira a estimular la memoria del espectador para que su trabajo no se desvanezca en el olvido.

Hablar de teatro es convertir en imágenes verbales el rastro de unos hechos ya desaparecidos. De ahí que los amantes de este arte, a fin de evitar la muerte total de su experiencia, gusten de recordar anécdotas de todo aquello relacionado con el teatro: una representación concreta, la

personalidad de un actor determinado, los dimes y diretes de los autores... Lejos de ser chismorreos vacuos, todo aquello que signifique acercarse a estos pormenores sirve para mantener vivo el teatro y, sobre todo, para demostrar su continuidad, pues es un arte colectivo que se expande gracias a las generaciones que coexisten en él y van sucediéndose.

Manuel Andrés es un hombre de teatro que conoce muy bien todos los tipos de memoria. Sabe lo que es aprenderse los textos, especialmente en aquellos tiempos en que las compañías llevaban varias obras en repertorio; sabe lo valioso de permanecer en el recuerdo del espectador y lo difícil que es conseguirlo cuando no se ocupa el lugar más destacado en los repartos o no se ha protagonizado la función el día del estreno; sabe, también, que quien ama verdaderamente el teatro lo hace a fondo y sin distinciones, y que eso incluye el anecdotario de gentes que ya no están y de obras que nunca más serán vistas.

Te lo cuento y no te miento es el libro de un actor que guarda la memoria de su oficio; de un profesional que quizá se asombre de ver cómo una y otra vez se cometen los mismos errores por personas de generaciones distintas que acaso no se conozcan; de un sabio que no ignora que el buen humor es un buen antídoto no sólo contra el aburrimiento, sino también contra la estupidez.

Apetece muchísimo leer y releer este libro de Manuel Andrés: por lo que dice y por cómo lo hace. El ingenio se basa en las propias anécdotas, claro, pero también en el que desarrolla el autor al contarlas. Y es que Manuel escribe con gracia, usando en ocasiones un punto de malicia necesaria y tan grata para el lector porque divierte sin ser cruel ni dañina.

Mucho de lo que aquí aparece lo ha vivido el propio Manuel Andrés, revelándose así como un observador excepcional que captura la realidad y la concentra en un detalle, en una frase. Pero también Manuel es transmisor de lo que no ha visto pero le han contado; pone entonces su memoria al

servicio de otros y se convierte en oficiante de esta ceremonia del recuerdo colectivo que es hablar de teatro. A los que nos gusta hacerlo, Manuel nos proporciona con *Te lo cuento y no te miento* un material excepcional que nos permite volver a tiempos y personas del ayer que, gracias a Manuel Andrés y a algunos pocos como él, están desde hoy también inscritos en nuestra memoria.